CRÓNICAS DE UN GUERRERO CAÍDO

A. B. Batista

Capítulo 1

PRÓLOGO
Año 2135 D. E. D.
La fogata calentaba a penas sus cuerpos mientras asaban en ella un par de conejos que había casado Redmund el gordo. Cergon, el caballero de armadura gris, que tan valiente había sido en aquellos días infernales en el bosque, parecía indefenso ante el frío dentro de su metálica armadura. Bebían la poca cerveza que le quedaba a Ed el tonto, cuyo apodo le quedaba muy bien. La guerra y el destino les había hecho encontrarse en aquel bosque tan tenebroso.
—¿Quieren oír una historia tenebrosa? —dijo Ed el tonto.
—¡Calla, tonto! —le espetó Redmund, que ya no sabía de qué manera su abrigo de piel le protegería mejor de la nieve—. Estoy harto ya de estar escuchando tu voz todo el tiempo.
—Déjale Redmund —intervino sir Cergon—. Al menos pasamos nos entretiene con sus cuentos.
—Cuentos tontos. ¡Tontos como él! —volvió a gritar el gordo.
—No, no —dijo el tonto que se cubría con una manta con huecos grandes y medianos que le había dejado Cergon para cubrirse del frío—. Esta historia es real.
—Como las diez anteriores —dijo Redmund dejando salir una violenta carcajada acompañada una sonrisa temblorosa del caballero.
—Yo creo en ti —dijo sir Cergon—. Cuéntanos otra historia.
Ed sonrió como si fuera un niño al que acababan de regalarle un juguete.
—Hubo una mujer hace mucho, mucho tiempo que vino en un barco de muy, muy lejos —tomó en sus manos una rama y le quitó la nieve para hacerla pasar por un barco—. El capitán era Elannyus Dein, y venía acompañado por un hechicero llamado Markilaj…
—¡Ese es un cuento para niños! —le interrumpió Redmund.
—¿Conoces la historia? —le preguntó el joven caballero.
—Claro que la conozco. Es la historia que le cuentan las nanas a todos los niños en Yindra para dormir. ¡Ja! Se creen que da miedo.
—Continúa Ed —dijo el guerrero.
—Venían de una tierra desconocida, Markilaj junto a su esposa Diara, Elannyus solo, pues hacía poco había perdido a su amada. No tardó mucho para que DIara se enamorara de Elannyus, y él de ella. Decidieron traicionar al hechicero en lo secreto, en el interior de su camarote. Pero un día cuando Markilaj le buscaba para hablar, se encontró a los dos en pleno idilio prohibido. Estalló en ira. Su furia se pudo sentir casi más que el viento. Lanzó un hechizo sobre ambos, a Elannyus le maldijo diciéndole que nunca encontraría el amor, y así se cumplió.
—¿Y a ella? —preguntó Gergon.
—¡Yo le hubiera matado y listo! —exclamó Redmund el gordo.
—Cuentan los sabios que desterró su alma al fondo de algún lago —dijo Ed—. El alma de Diara está encerrada, esperando a salir al cabo de su condena.

—¿Encerrada? —preguntó sir Cergon—. ¿Dónde?
—¡En el fondo del mar! —exclamó el gordo—. ¡Tonterías yindrianas! ¡Por eso me marché de ahí!
—Su alma mora en el fondo del mar, aunque dicen que se mueve por donde haya agua, esperando a que un día de Luna Llena teñida de sangre, sea libre de su condena —dijo Ed el tonto.
Cergon sonrió.
—Menos mal que el lago está congelado —dijo señalando a uno que estaba a unos veinte metros a su izquierda.
—Su alma debes estar congelada —se burló Redmund y dejó explotar su carcajada estrepitosa.
—Para alguien que solo recuerda su nombre, sabes bastantes historias. ¿Estás seguro que no recuerdas nada más? —le preguntó el joven guerrero hulcánico.
Ed negó con la cabeza.
—¡Pero sé una buena historia sobre…! —dijo con alegría hasta que el gordo le interrumpió.
—¡No dirás nada más! —exclamó sacando su hacha. Cergon también sacó la suya y Ed se escondió a sus espaldas como un perro asustado.
—Deja al chico en paz —le dijo Cergon—. Y guarda esa hacha para cazar, a ver si mañana comemos algo que no sea conejo.
—¡Pues que se calle! —respondió el gordo.
Redmund escuchó a Cergon y dejó a un costado su enorme hacha. Ed volvió a salir y se sentó lentamente en su lugar de inicio mientras observaba el filo brillante del hacha.
—Creo que ya han sido demasiadas historias por hoy, Ed —dijo Cergon mientras volvía a enfundar su espada—. Lo mejor es callar un rato.
El viento fue el único que no calló en la hora siguiente, silbaba tan fuerte como soplaba arreciando cada vez más el frío. La guerra les había empujado hacia las Tierras Blancas, donde el invierno era eterno y poco misericordioso. Cergon había ido a parar ahí gracias a la derrota de los suyos, los hulcánicos, ante el ejército salvaje que provenía de las Tierras Blancas, el mismo lugar hacia donde se dirigían, huyendo de aquel salvaje ejército que avanzaba sin parar hacía el corazón de Hulcania.
A Redmund le halló huyendo por el bosque de un grupo de salvajes que le perseguía para matarle. Él le defendió matándoles a todos a golpe de espada y movimientos ágiles. Ed apareció unos días después inconsciente en el suelo, con el rostro ensangrentado. Al principio pensaron que estaba muerto, pero Cergon sintió su cuerpo aún caliente y le cargó sobre sus hombros. Luego cuando se despertó descubrieron que no recordaba nada, ni quien era, ni donde estaba, ni que hacía ahí. Pronto Redmund le empezó a llamar el tonto por sus frases sin sentido e incoherentes, desvariaba a ratos y no se le entendía.
Habían pasado ya casi dos semanas atrapados en el bosque, no había forma de escapar de ahí. El camino que no les llevaba a encontrarse con los salvajes le acercaba más a su frío hogar. No había forma de regresar a Hulcania, quizás esperar era la mejor elección que habían tomado, a pesar

de que el hambre les hacía arrepentirse a veces. Estaban a punto de enloquecer.
—Escucho algo —dijo Ed.
—No escuchas nada, tonto —le respondió.
—Sí, escucho pasos —dijo Ed —pasos de…
—¡Calla! —dijo Cergon poniéndose en pie y desenvainando su espada—. Yo también los escucho. Son los pasos de un Oso Blanco. ¡Apaga el fuego!
Redmund le lanzó nieve encima a la fogata y ésta se apagó enseguida, luego levantó su cuerpo obeso y tomó su hacha afilada. Ed permació agachado, tembloroso y con miedo.
—No hagamos ruido —susurró Cergon—. No puede oír. Escondámonos de él.
Redmund se escondió detrás de un tronco gordo que estaba a un costado de la fogata, Ed se escondió detrás de Cergon que escaló rápido a la rama de un árbol que estaba justo encima de ellos.
—No hagas ruido —le susurró el guerrero hulcánico.
El Oso Blanco era gigante, medía casi tres metros y medio. Caminaba encajando sus gruesas pesuñas en la nieve hasta llevar, sus filosos dientes sobresalían de sus labios. Cergon sintió como su corazón latía cada vez más fuerte, acelerándose tanto como sus pensamientos, su mano derecha sostenía su espada tan sigilosamente como estaba él agachado en aquella rama. Ed estaba inmóvil, no pestañeaba ni parecía respirar. Desde ahí arriba, pudo ver como Redmund se preparaba para saltar en cualquier momento, con la intención de matar a la bestia.
El animal se detuvo frente a la fogata recién apagada, aún salía algo de humo de las ramas que habían apilad para poder encenderla. Los conejos asados estaban sobre ellas. La gran bestia les devoró de un solo bocado, haciendo un violento uso de sus filosos dientes.
El miedo al ver la bestia devorado la que iba a ser su cena, provocó que Ed dejara escapar su orine, que cayó desde arriba justo en la cabeza de la bestia mientras que esta se relamía los dientes.
—¿Qué has hecho? —le dijo Cergon mientras desenvainaba lentamente su espada.
El oso se sacudió la cabeza y la giró lentamente hacia arriba. Cergon no le dejó culminar su movimiento y saltó sobre él clavando su espada en su espalda, provocando que la sangre del animal empapara su sangre y su armadura. La bestia no cayó, al contrario, Cergon sintió como sus fuerzas aumentaron y lanzó un rugido violento al tiempo que se sacudía fuertemente y le intentaba golpear con sus pesuñas para quitarse al joven guerrero hulcánico de encima. Redmund salió de su escondite sosteniendo su hacha con ambas manos. Corrió hacia el oso dando un grito de coraje, pero el oso le detuvo golpeándole fuertemente en el pecho con la furia de una de sus garras. El cuerpo gordo de Redmund voló muy cerca del tronco tras el cual se había escondido, de su estómago salía sangre y algo más. Gemía de dolor mientras intentaba impedir que sus tripas se escaparan de él. Vómito sangre y quedó sin vida, justo al lado de su hacha, como un soldado que perdió una batalla.

Cergon continuaba aferrado a la bestia con cada vez menos fuerzas mientras que se preguntaba qué demonios estaría haciendo Ed, seguramente nada. Sus manos comenzaban a resbalarse del blanco y ensangrentado pelaje, agarró con una de ellas su espada y la desenterró violentamente del oso, provocándole un dolor endemoniado que le hiso erguirse por completo al pararse en sus dos patas traseras, haciendo que Cergon cayera al suelo junto con su arma.
La bestia se volteó y se colocó justo en frente de él. Sus dientes estaban rabiosos, su mirada era asesina, sus garras estaban listas para matar. Cergon sintió miedo, nunca había sentido uno igual, tan grande. Más que temerle a la muerte le temía a como moriría. Sería devorado por una bestia horrorosa de dientes filosos, sabía que prontos los sentiría penetrar su carne y desgarrarla una y otra vez hasta quedar sin vida. El oso rugió y alzó sus garras para atacar, pero en lugar de hacerlo, cayó desmallado en el suelo. La culpa había sido de Ed el tonto, que había tomado el hacha de Redmund y se la lanzó al oso justo en la cabeza, atravesándola a la mitad. Cayó encima de Cergon, que esperaba indefenso su muerte y se sintió más sorprendido de lo que había hecho Ed que por estar vivo.
—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó mientras se quitaba a la bestia de encima.
—No…no lo sé —respondió Ed, que se le había quedado una expresión en el rostro que hacía un honor perfecto a su apodo de tonto.
—Me ha salvado —dijo Cergon—. Te debo mi vida.
Cergon se arrodilló ante él
—Redmund…muerto —dijo Ed muy nervioso.
El caballero se puso en pie.
—Murió valientemente —dijo—. Tendrá el entierro que se merece.
—Los yindrianos no se entierran —intervino Ed—. Dicen que eso es solo para plantas. Ellos devuelven sus cuerpos al mar.
Cergon cada vez se sorprendía más del conocimiento que Ed poseía sobre los yindrianos.
—El mar está a kilómetros de distancia. Debemos llevarle.
Del oso sacaron más carne de la que habían comido en aquellas dos últimas semanas, lástima que Redmund no pudo probar aquella deliciosa carne, que era más sabrosa que la de conejo que había cazado, y todo gracias al tonto Ed, que a Cergon ya no le parecía que lo era tanto.
La manta del gordo la heredó el tonto, al igual que su hacha y, quizás, su valentía. Cergon pudo observar que Ed estaba cambiando en su forma de ser, en su manera de actuar, en sus palabras al hablar. Quizás, al pasar de los días estuviera recordando cosas de su pasado, y quizás ese pasado no fuera tan estúpido como Redmund pensaba que era. Ed comenzó a cazar con su hacha animales más suculentos para el paladar como venados y jabalíes. Demostraba cada vez más habilidades sigilosas, con movimientos precisos que dejaban al mismo Cergon estupefacto.
Así pasaron dos días caminado por el bosque, turnándose el cuerpo gordo y ya fétido de Redmund, que le arrastraban por el suelo acostado a en un tronco hueco que picaron a la mitad para poder halarle con una cuerda gruesa que Cergon tejió con ramas. Su cuerpo pálido se descomponía,

soltaba gases y estaba rígido y frío. Las moscas se osaban en su rostro, los cuervos intentaban comerle los ojos, y Cergon le protegía con su espada para que no fuera profanado. Habían dejado atrás el frío y se alejaban cada vez más de las Tierras Blancas. Parecía ser que la muerte de Redmund les había servido para encontrar la salida al infierno invernal que estuvieron viviendo tantos días, que parecieron años. Llegaron al mar, el sol brillaba con todo su esplendor por la cálida arena que obligó al joven guerrero a quitarse su armadura de soldado hulcánico.
—Hemos hallado el mar —dijo Cergon sonriendo.
—Si —respondió Ed, que no parecía estar alegre.
—¿Qué pasa? —le preguntó el caballero.
—Nada —respondió.
—Si no pasa nada, busquemos madera para construir dos botes. Uno para Redmund y otro para nosotros. Si seguimos el sol en tres días llegaremos a Gerderd, la capital de Hulcania.
—No quiero irme —dijo Ed, que ahora había vuelto a actuar como un tonto.
—¿Por qué? —le preguntó Cergon—. ¿Has recordado algo?
—Si —respondió—. He recordado quién soy.
Las sospechas de Cergon se habían acabado de confirmado, Ed ya sabía quién era.
—¿Y quién eres? —le preguntó.
—Nadie.
—Nadie es nadie, Ed. ¿Cómo vas a ser nadie? Tienes hasta un nombre.
—No es mi nombre —dijo observando el mar.
—Me estás confundiendo.
—Un día, hace mucho, fui alguien, me llamaban Ed. Ahora soy nadie, más bien nada.
Cergon sonrió, pero más allá de eso estaba preocupado. Ed se notaba distante, no parecía él desde aquella noche en la que mató a aquel oso. Casi ya estaba prefiriendo al Ed antiguo, al tonto que contaba historias estúpidas sin parar, que hacían enojar a Redmund.
—Me estás tomando el pelo, Ed. Debe ser el golpe, que aún te está afectando. Mejor busca madera y caza algo para comer en el viaje.
El chico se marchó de vuelta al bosque, Cergon, en cambio, se desnudó por completo y se adentró en el mar hasta sumergirse en él. Nadó hasta lo más profundo y pudo sentir como el agua cada vez era más cálida. En un principio era agradable, pero poco a poco se fue haciendo más y más caliente hasta casi quemarle la piel. Entonces quiso regresar a la superficie a la superficie, pero algo se lo impidió agarrándole la pierna izquierda, era como si alguna alga le estuviera amarrando el pie. Intentó zafarse agitando violentamente su pierna, pero solo lo empeoraba, cada vez le apretaba más. Sus pulmones se comenzaban a quedar sin aire cuando casi inconsciente sintió una voz de mujer que le dijo susurrándole al oído:
—Regresaré
Pudo haber sido una de esas ilusiones que se tiene cuando el cerebro se está quedando sin oxígeno, pero para él se sintió bastante real. Después

no supo lo que pasó, todo se volvió oscuro. Despertó ya de noche, mirando al cielo estrellado con sus constelaciones, acostado a la orilla de la playa.
—¨ ¿Estoy muerto? ¨—pensó. Pero al mirar a un costado vio una barca hecha a mano y a un hombre gordo acostado en ella con muchas moscas revoloteando sobre él, no muy lejos había una fogata que avivaba un rostro muy familiar mientras asaba un buen trozo de carne, que, por su olor, parecía ser una pierna de ciervo.
El chico le miró.
—Estás vivo —le dijo.
—Si Ed. Apenas sobreviví —le respondió mientras intentaba ponerse en pie. Alguien se había encargado de vestirle con su cota de malla mientras estaba inconsciente.
El rostro de Ed estaba inerte, incoherente y vacío mientras las llamas e la fogata
—Lo sé —le respondió—. No es tu hora aún.
Cergon no le entendió, no lo hacía desde que había dejado de ser un tonto. Sin embargo, se sentó junto a él y comenzó a devorar la carne asada como si no hubiera comido en tres días. Notó que los dedos de Ed estaban limpios y la carne había estado intacta, quizás hubiera decidido no comer.
—¿No has comido? —le preguntó al antiguo tonto.
—No necesito comer —Ed miraba fijamente el fuego.
—Sé lo que te sucede —dijo Cergon masticando un buen pedazo de carne.
—No lo sabes —respondió.
—Estás triste por la muerte de Redmund. Le extrañas —pensó que había acertado.
El chico le miró una vez más, luego al cadáver del gordo y luego a la luna llena que se elevaba en lo más alto del cielo.
—Está muy extraña la luna, ¿no crees?
Cergon lanzó una mirada al astro, y pudo ver que su tamaño no era el habitual, sino que lo duplicaba, y su color era rojo como la sangre, y brillaba sobre el mar, tiñéndole del mismo color.
—¿Qué demonios…? —asombrado se olvidó de comer y se paró sobre sus pies para ver aquel fenómeno. Se preguntaba si sería algún tipo de hechicería.
—Deberíamos echar al mar a Redmund, para que se reúna con sus antepasados —sugirió Ed—. Ya ha esperado demasiado.
El joven caballero aún estaba asombrado, en su vida había visto cosa igual. Escuchó hablar muchas veces de la magia oscura, pero aquello sobrepasaba todos los límites de su imaginación. Cergon, con ayuda de Ed, arrastró la barca improvisada con Redmund el gordo sobre ella hasta el mar, luego le empujaron fuertemente hasta que el viento se hiso cargo y le comenzó a arrastrar lejos. El caballero tomó su arco y su flecha, encendió la punta con la fogata e hiso un tiro acertado que incendió toda la barca, quemando poco a poco los restos del pobre Redmund.
—Otro valiente en llamas —reflexionó Cergon—. Los valientes deberían

tener aposentos y riquezas reservadas en el Castillo Dorado, a donde vamos después de la muerte. ¿No crees?
Ed se había marchado hacia la fogata de su lado en el momento que estaba hablando.
—¡Ed! —le llamó—. ¿Qué haces?
El chico tenía en su mano un pedazo de madera con fuego en una de sus puntas.
—Regresará —fue su última palabra antes de prenderse fuego a sí mismo, pegando el fuego a sus ropas. Comenzó a gritar desesperadamente mientras se arrodillaba en el suelo con los brazos abiertos. Cergon no sabía qué hacer, Ed debía correr al agua, pero no lo hizo. Simplemente se quedó ahí, hasta que el fuego calcinó su cuerpo y apagó su vida.
Una gota de sangre cayó sobre su rostro, luego otra, y otra. Comenzó a llover y apagó la fogata. Cergon corrió a un árbol para cubrirse debajo de él, mientras que su corazón le decía que algo no iba bien. Pudo ver a lo lejos como las llamas de Redmund aun ardían, debían de estar quemando aún su cuerpo. Pero algo comenzó a moverse dentro del agua, algún tipo de bestia que hacía resaltar sus aletas por encima del nivel del mar. Esa bestia devoró a Redmund y a su barca en llamas de un bocado y se sumergió nuevamente en el mar.
Cergon no creía lo que estaba viendo: una luna roja, lluvia de sangre y una bestia marina. Era increíble. No sabía qué hacer, huir se veía la mejor opción, pero no podía dejar el cuerpo de Ed pudriéndose en la arena para servir de alimento a las bestias o a los caníbales.
Entonces miró nuevamente al mar, no había rastro de la extraña criatura, parecía haberse marchado. Las gotas incesantes de sangre continuaban golpeando el agua y la arena, se habían convertido en rojo. Cergon se sentó en el suelo y descansó su espalda al tronco de aquel árbol. Pero el mar dejó de estar tranquila cuando de ella salió caminando un ser con forma de mujer. Cabello largo y cuerpo desnudoo, con sus senos descubiertos, al igual que sus ggluteos y sus exo. Estaba completamente mojada.
Se detuvo en la orilla y abrió sus brazos para luego respirar profundo, daba la impresión de que podía saborear el aire con sus pulmones. Abrió la boca y sacó la lengua para tragar esa sangre que llovía. Era asqueroso para Cergon, que en todo momento tuvo su espada en mano por si tenía que pelear, aunque aquella dama de ojos negros y pelo largo no parecía muy peligrosa. Ella le vio, y él le miró a los ojos con valentía, aunque por dentro sentía un temor que jamás había sentido antes, uno que no le habían enseñado a combatir. La mujer miró al cuerpo calcinado de Ed y se acercó tambaleando lentamente, para no caerse. Se agachó delante del cuerpo del chico y de un solo golpe introdujo su mano en su pecho y extrajo su corazón. Cergon no se podía mover, estaba inmóvil, ninguna parte de su cuerpo respondía, solo su cerebro que trabajaba más arduamente de lo normal para intentar moverse para detenerle, pero era en vano. Ella devoró el corazón de Ed con tanta rapidez que parecía ser su comida favorita. Cuando terminó, se vio más robusta, más fuerte, más compuesta, aunque aún parecía débil e incapaz de herir a alguien.

Ella se acercó a él gateando por la arena, recibiendo en su espalda las gotas de sangre roja. Le miró fijamente a los ojos, casi tanto que casi sus frentes chocan. Sus ojos eran negros y vacíos, llenos de odio y amargura, con deseos de venganza.
—Después de ti regresaré —le susurró.
Cergon cerró sus ojos, sabía lo que venía a continuación. Jamás volvió a abrirlos de nuevo en la tierra de los vivos luego de que aquella criatura le arrancara el corazón.
HERYARD (1)
Año 2136 D. E. D.
Las espadas golpeaban a sus enemigas, penetraban los cuerpos de sus dueños para teñirse con el color de su sangre. Quitaban vidas. Dejaban a niños desamparados y a esposas enlutadas, y a alguna joven esperando el regreso de su amado a la orilla de algún puerto o a la sombra de algún árbol. El dios decidía quién vivía y quién moría mientras dejaba caer sobre aquella montaña una intensa tormenta de nieve. Heryard sentía el frío en sus huesos, pero no se dejaba regir por él. Luchaba tan ferozmente como si fuera verano. Su hermano, Radij, que solo había vivido catorce veranos, dos menos que él, peleaba con tal destreza que parecía mayor. Los nuestros peleaban en la montaña contra la muerte y el frío, apenas podían levantar sus espadas para bloquear algún ataque. Intentaban avanzar hasta llegar a la cima, donde estaba el seno de la guarida de los rebeldes. La nieve se teñía de rojo y se adornaba con sus cuerpos inertes.
La Montaña Blanca nunca había visto una pelea así. Estoy seguro. Ocho mil hombres intentábamos llegar a la cima. Cuatro mil lo querían impedir. De nada sirvió el fuego que intentaban provocar, ni las enormes catapultas que pretendíamos usar en terreno abierto. Solo les quedaba su valentía, los deseos de libertad y nuestra fidelidad hacia la corona.
Heryard se enfrentó a lord Derak de Fira, el líder de aquella rebelión, y le venció en una batalla que aún queda en los anales de la historia como una de las peleas más sensacionales que ha existido. Yo jamás había visto nada así. Tanto Derak como Heryard habían sido entrenados por dos de los mejores maestros de armas del continente. Al final, al lord de Fira le cortaron la garganta y sucumbió unto a su fracasada rebelión.
La noticia de su muerte corrió tan rápido como su último de vida. Algunos entregaron sus armas. Otros huyeron. Unos siguieron peleando, pero sucumbieron. Los prisioneros fueron muchos. Quizás debieron de haber pensado en algún otro castigo que el exilio, pues no alcanzaban los navíos para sacarles del dominio. A pesar de todo, el rey había sido clemente con ellos en contra de la voluntad de muchos.
Heryard y Radij fueron recibidos como héroes. Sus cansados guerreros adquirimos fama, algo de dinero, y una noche de rameras gratis gracias a la corona.
Nunca olvidaré el rostro del príncipe Heryard, tan noble, sublime, humilde y misericordioso. Él se opuso a la ejecución de los prisioneros, propuso su exilio y veló por sus destinos en Yindra, el único reino que dispuso a recibirles. En cambio, de Radij, su hermano, nunca podría olvidar tanta maldad en una sola mirada, tanta envidia, tanto odio… Él sí quiso matarlos

a todos, intentó sabotear los navíos. Sabía que no simpatizaba mucho con su hermano mayor, quizás porque su padre le dio más afecto a Heryard. Tal vez porque el rey le culpaba de la muerte de su amada esposa al traerle al mundo. No fue solo una vez la que le escuché quejarse de algún cambio injusto al que le obligó a aceptar el destino. Podía referirse a Radij, pero hoy no lo sé a ciencia cierta.
Farlok decidió obsequiarle a Radij, como recompensa, un hermoso caballo negro como lo eran sus ojos, una espada de plata a la que llamó "Pergamino", forjada en las Minas de Hirry, y una armadura dorada con el sello de la Casa Real, el águila negra. Para Heryard hubo un obsequio que Radij envidió con todo su corazón, quizás la razón del aumento de su odio.
—Para mi hijo Heryard, mi heredero, un regalo que alegra mi corazón, la mano de la bella Hima de Berca.
En secreto, Radij estaba enamorado de ella, desde la primera vez que le vio cuando su padre visitó aquellas tierras para despedirse de lord Sauded, que por aquellos días agonizaba debido a las fiebres que atacaban su cuerpo una y otra vez, y que unos días después le quitaran la vida. Sir Lamin de Berca, su hijo mayor adoptó el título de lord. Los Berca llevaban ya verano y medio de luto.
Heryard no tenía palabras, aunque más tarde me confesó de su alegría mientras bebíamos unos cuernos de cerveza en la taberna Los Tuertos. Ambos sabíamos de la amargura de su hermano, de su odio, su rencor irreconciliable y su sed de venganza. Nada podía hacer al respecto, ya lo había intentado todo, aunque Heryard no destacaba precisamente por su carisma, más bien lo hacía por su firmeza y escasez de palabras.
—Serás feliz con Hima —le felicité llenando su cuerno de más cerveza.
Unos días después llegó al castillo la bella doncella de la tierra de las flores rojas. Estaba hermosa, radiante. Su cabello dorado adornado por una corona de flores se extendía a lo largo de toda su espalda, su vestido blanco hacía relucir aún más la belleza de su piel pálida y de sus mejillas sonrojadas. Sir Lamin llegó con ella, también sir Grica, su hermano tres veranos menor, y su madre, lady Gina de Berca, cuyo nombre de soltera era lady Gina de la casa Jargen.
Disfruté mucho con la ira de Radij. Silenciosamente disfrutaba viéndole lanzar cosas en su habitación mientras montaba guardia en la puerta de su aposento. En el fondo siempre le admiré. Era un animal indomable, dispuesto a demostrar cuan peligroso era en cualquier momento. Dudo que Farlok algún día le haya regañado como en los viejos tiempos, cuando los castigos eran más rígidos y el penado podía estar hasta una semana sin sentir comida en su paladar. Aunque el rey Farlok les había dado a ambos buenos castigos, sobretodo en su niñez, según me había confesado en algún Heryard en algún momento.
Los días pasaron y el príncipe de Zorem fue conociendo a la dama de Berca, cada vez pasaba más tiempo con ella que conmigo. Ya no íbamos a la taberna, no buscábamos rameras ni caminábamos por el bosque, tampoco espiábamos a las doncellas al bañarse desnudas en el lago. Tal vez se había enamorado de ella de veras, y ella de él. Podía ser un amor como el que relataban los bardos en sus absurdas y ficticias canciones. La

verdad es que no creo que alguna vez hayan cantado algo cierto. Pero lo que estaba viendo en Hima y él podía ser un amor como el que narraban. Quizás podía incluso llegar a pensar que algo así podía existir para mí, pero como una posibilidad muy remota.
Las noches en Los Tuertos eran muy solas. Las compañías de las rameras no me eran suficientes. Le necesitaba a él, y aunque por dentro estaba feliz con su felicidad, sentía como si me faltara algo. Quizás era la costumbre la que me mataba. Me había adaptado tanto a sus pláticas, a sus ocurrencias, a su frialdad, que ni tan siquiera la cerveza me hacía olvidarme del hecho de que estaba solo y que más que necesitaba a alguien para estar junto a mí, le necesitaba a él como amigo para que mis noches de cervezas y rameras no fueran tan solitarias y vacías.
Fue entonces cuando en una de esas noches vacías, en las que una de las rameras intentaba arrancarme unas monedas de más, cuando llegó él. Me sorprendió tanto verle por ahí que me emocioné como un niño al ver llegar a su padre de una larga jornada en la siembra. Increíble que haya sido la doncella más bella del reino la que me hizo darme cuenta de cuanto apreciaba a aquel chico. Le abracé. Él no se mostraba tan feliz como yo. Me olvidé de la ramera y le llené de cerveza un cuerno.
—Los Tuertos te extrañaban, amigo —le dije sin ocultar mi felicidad—. Pero entiendo que tengas mejores cosas que hacer…
Sonreí, aunque a él no le hizo mucha gracia.
—¿Sucede algo, Heryard? —le pregunté, pues me estaba comenzando a preocupar.
Entonces vi algo que nunca pensé ver en un caballero de su rango, mucho menos en un príncipe de las salvajes tierras de Zorem. Una mirada triste y con deseos de llorar.
—Hima ama otra persona —me confesó secando su lágrima.
—Eso es normal en matrimonios arreglados. ¿O es que no escuchas a los bardos? —fingí ser un experto. Sabía que él si era un admirador de aquellos estafadores con prosa.
—Nunca he escuchado ninguna historia así por los bardos —me rectificó luego de tomar cerveza de su cuerno.
—¿Qué dices? Si es de lo que más cantan.
—No —insistió—, de eso no cantan.
Me estaba empezando a confundir.
—¿Cómo puedes decir eso? Hima de seguro estará enamorada de algún lord o del que cría los cerdos en Castillo Berca.
—Hima no ama a un lord, ama a una lady —confesó y volvió a beber de su cuerno de cerveza, pero ésta vez hasta el fondo.
Yo me había quedado sin palabras, jamás había escuchado algo así. Es decir, si lo había visto mucho, pero entre las damas de la calle, las que se habían entregado a todo tipo de perversión. Nunca había escuchado hablar de una lady entregada a ese tipo de placeres dignos de las crónicas de la peor de las rameras.
Aparté de mi lado a la ramera, que ya se estaba volviendo un poco molesta con sus intentos fallidos de besar mi boca mientras que sus manos intentaban provocar en mí una erección. Se fue disgustada, pero

era más importante para mí lo que estaba escuchando que lo que estaba sintiendo.
—No puede ser —le respondí incrédulo—. Si eso fuera cierto, el escándalo sería enorme.
—No va a haber escándalo —mostró su enojo golpeando la mesa con su puño—. Ella me ha pedido discreción, quiere que engañemos a todos fingiendo ser felices.
—¿Fingir? ¿Con Hima? ¡Eso es imposible! O tienes todo o no tienes nada, Heryard. Debes obligarle a amarte, ahora es tuya.
—Me conformo con tenerle cerca, amigo —suavizó mis ánimos sirviendo más cerveza en mi cuerno hasta rebosarla—. El destino dirá lo demás.
Nunca le había visto tan confiado en sus palabras.
Desde esa noche volvimos a ser como antes. La taberna Los Tuertos era nuestro lugar sagrado, y las rameras nuestras sagradas damas, pero solo durante la noche.
DERVOR (1)
Año 2136 D. E. D.
Las naves lerianas desembarcaban a la orilla de Puerto Piedra. Nunca mis ancianos ojos habían visto tantos legendarios guerreros juntos. Tú los convocaste, Dervor. Menos mal que lo hiciste. Nuestros hombres podían rebelarse en nuestra contra en cualquier momento. Los guerreros lerianes te darían un aire de poder aun mayor del que tenías, y nadie se atrevería a enfrentarse a ellos a pesar de ser solo mil quinientos. La verdad es que impediste una rebelión, que cada vez se estaba haciendo más inminente en esos tiempos, y más con la que Farlok se estaba teniendo que enfrentar allá en su reino. Algunos se estaban sintiendo inspirados, sumando también la plaga que estaba atacando las siembras desde hacía ya unos meses atrás. Tú habías dicho que había sido culpa de los hulcanios, que habían cruzado los mares para traer la plaga a nuestras tierras. Pero ya nadie se creía esa mentira.
La plaga había sido nuestra culpa. Más bien mía, que intenté probar en nuestras siembras un viejo hechizo del Libro Viejo. Pero no funcionó. Si no hubieras culpado a los hulcanios me hubieran matado a pedradas en la plaza delante de todos. Siempre te lo agradeceré, pero debíamos buscar una solución que no encontrábamos, y mientras lo hacíamos, niños morían de hambre provocando el odio hacia la corona de nuestro pueblo, que nos tildaba de incompetentes.
Vivíamos una crisis.
Hiciste bien en desconfiar, el tiempo nos daría la razón.
Unos meses después, nos comentó un ladrón que habíamos capturado intentando robar dinero de nuestras arcas, que se estaba gestando una conspiración entre varios lores del reino, sobre todo de parte de lord Ingerfyl de la Casa Degam, que dominaba las tierras de Fyr, un hombre de aspecto macabro que carecía tanto de benevolencia como de cabello en su cabeza. Desde hacía años que esperaba una oportunidad como aquella para arrebatarte el reino. Las causas de su trifulca se apegan a supuestos malentendidos que tuvieron cuando jóvenes en la justa de Fagir Amdamo cuando en una partida de cartas te ganó tu preciado corcel negro. Desde

entonces la rivalidad entre ustedes comenzó a crecer, hasta convertirse en odio.
Fyr era su guarida, la de los rebeldes. Quisiste enviar a los lerianes a devastarles, pero una vez más escuchaste mi consejo. Hoy no sé decir si hiciste bien o mal. Lo cierto era que la corona nunca antes se había visto amenazada por tan poderoso pretendiente. Mientras tanto en Zeram y Hulcania nos observaban por encima del hombro, creyéndose reinos mejores que nosotros, cuando en verdad, aun con la plaga, padecíamos menos hambre que ellos. ¡El oro y el diamante nunca faltará en nuestras minas, Dervor! Te lo puedo asegurar. Pero muy pocos ya estaban de acuerdo con nosotros por aquel entonces. Tu hermano Barden se había marchado un año antes a las salvajes Tierras Blancas, y nos dejó con una situación tan difícil como esa. Era un líder entre los nuestros, les inspiraba confianza a nuestras filas con su gran habilidad en el combate cuerpo a cuerpo y su destreza con la espada, aunque nunca había participado en una guerra como sí lo habías hecho tú contra los hulcanios hace más de veinte años.
—Confío en ti —me dijiste aquella dura noche cuando nos llegó la noticia desde Fyr, nos pedían entregar las armas a cambio de una muerte digna. Mi posición la criticó todo el Consejo. No debíamos responder a sus palabras con la masacre, eso le daría aún más importancia a su rebelión y se les unirían más hombres.
—¿Ignorarlos? —preguntó desconcertado sir Iglin de Varek, que lideraba nuestras filas en sustitución de tu hermano Berdan, luego de haberse pasado décadas dirigiendo las cerdas celdas del castillo. Ya a sus cincuenta y cuatro veranos se veía algo desgastado pero su cuerpo parecía ser tan fuerte como lo era veinte años atrás—. No lo veo.
—¡Debemos atacar! —aportó Fubliç de Gerollux, otro de los veteranos guerreros yindrianos, poseía un ejército de 3000 hombres—. Me comprometo a aniquilarles en una noche de asedio.
—¡No! —me negué rotundamente de nuevo, sabiendo que tú me apoyarías, aunque tuvieras que ir en contra de la marea.
—¿Estás de acuerdo con eso, Dervor? —te preguntó Iglin.
Tú que te habías limitado a decir solo lo necesario durante toda la reunión, mostrando un aire de seguridad que solo un rey como tú podría aparentar, diciendo solo lo necesario, haciendo de tu palabra ley, dijiste:
---Ya he dicho que confío en el hechicero. No habrá ataque. Les esperaremos aquí, y aquí les aplastaremos.
El silencio fue total, pero podía sentir la tormenta que yacía en las cabezas de los presentes. No lo aprobaban, pensaban que yo te había embrujado con algún tipo de hechizo.
---Lo siento, señor ---intervino sir Masquiel de Hylla poniéndose en pie, era un caballero refinado de solo nos treinta veranos en sus cabellos dorados como su armadura, recién había sido nombrado lord de las tierras Viaras---, pero no confío en el hechicero. Sin embargo, me he visto en su posición ---razonó---. ¿Nos podría dar el hechicero alguna prueba de que su plan funcionará?

Me miraste. Estábamos entre la espada y la pared. Mas en tu mirada noté e no dudaste de mi ni por un solo segundo. Yo sí dudé de mí.
---No hay señal ---dije, y pude notar la satisfacción en el rostro de sir Masquiel---. Pero, sin embargo, les puedo dar otra cosa si es una prueba lo que quieren. La luna no ha dejado de teñirse de rojo desde hace tres largas semanas.
Mis palabras resultaron de poco agrado entre todos los ahí presentes. Incluso en ti.
---¿Qué quieres decir? ---me preguntó Fubliç. Se le veía bastante enojado.
--- No me digas que crees en esas basuras que hablan los locos y ebrios de los suburbios.
---No lo hablan solo ellos, sir Gerollux. Primero lo hablaron los antiguos, y después lo escribieron en las benditas escrituras.
---¿Nos quieres asustar con cuentos de nanas? ¿Esa es tu señal? ---preguntó irónico sir Masquiel, que aún pensaba haberme ganado el pulso.
---No es una señal, es una profecía ---respondí---. Si leyeran un poco más supieran que las benditas escrituras tienen muchas profecías ya cumplidas, y esta es la próxima. Creo que si queremos sobrevivir no nos conviene luchar.
---No puedo creer que estemos hablando de esto ---interviniste---. La Voz es un mito, nunca existió, no existe ni regresará. Los antiguos escribieron las benditas escrituras porque no tenían nada más que hacer. Debemos aceptarlo así, hechicero.
Tus palabras se clavaron en mi como n puñal en medio del pecho. Pero entendía que querías mostrarte como un rey en plenitud de sus facultades para gobernar, y así evitar una rebelión dentro del mismo Consejo.
---No habrá guerra ----sentenciaste---. Si ellos nos atacan, nos defenderemos, si nos amenazan les requeriremos, como ahora. Enviaremos una paloma diciendo que no tenemos intención de abandonar la corona, así coma la de mantener nuestras cabezas en su lugar, así que serán ellos los que deberán abandonar las armas a cambio de la clemencia del rey.
---Nunca aceptarán esos términos ---dijo Iglin---. Seguirán gestando su rebelión, cada vez se harán más y más fuertes hasta que sean los suficientes para arrasar con nuestro castillo.
---¡El Castillo Rojo nunca ha caído! ---intervine---. Además, con los guerreros lerianes a nuestro lado será imposible derrotarnos.
---Los verdaderos lerianes eran los de antes ---intervino Fubliç---. Estos de ahora aman más el dinero que a sus armas. Los de antes tenían cicatrices por todos sus cuerpos, no estaban uniformados y era terrible hasta mirarlos a los ojos, rara vez pensaban en el sexo. Estos que tenemos aquí ahora les tienen mucho que envidiar a esos legendarios guerreros. He visto a muchos salir de las tabernas tan borrachos que apenas sostienen el equilibrio. Son una vergüenza para su orden.
---Si bien es cierto que ya los lerianes no son las mismas bestias de antes ---aportó sir Iglin---, debo reconocer que siguen impactando lo mismo entre las gentes. Nadie les ve como borrachos, sino como terribles asesinos e inescrupulosos.

Nunca me había sentido tan a gusto al escuchar su voz chillona.
---Ya han escuchado al rey ---culminé---. No hay más que hablar. Los lerianes serán nuestra defensa junto a nuestros aliados.
Fuiste el primero en abandonar aquella mesa. Los demás te seguimos. Aunque tuve que soportar la mirada pesada de sir Fubliç, sir Mesquiel y sir Iglin. Sus pensamientos no eran buenos hacía mí. Comencé a temer por mi vida en el instante que salí por esa puerta. Quizás fue en ese momento que se comenzaron a gestar contra mí tantas cosas, tal vez por parte del destino, tal vez por parte de ellos mismos.
Lo cierto es que, desde mi llegada a la Ciudad Roja, muy pocos simpatizaron conmigo. Mis profecías fueron tomadas en cuenta por pocos, aunque luego mucho me empezaron a creer, incluso se beneficiaron conmigo, se aprovecharon de mí. Tuve que dormir en las calles, a las puertas de las posadas y de las tabernas. Escuchaba desde fuera el canto de los bardos y el gemir de las rameras, mis fosas nasales sufrían con los estofados de lady Vru. Tal vez debí de haberme quedado en mi aldea, donde era feliz con mis ovejas y mi huerto de lechugas, pero obedecí la voz que oí en aquella pesadilla, cuando huía de mí “yo oscuro”. Aquella voz tenebrosa se me presentó como el dios verdadero, me dijo que debía venir para cumplir su propósito. Yo no dudé en hacerlo, pero desde entonces no m ha vuelto a hablar. Quizás aquí es donde quiere que esté.